

CANTO XIX

LA ESCLAVA EURICLEA RECONOCE A ODISEO

En cambio, el divino Odiseo se quedó en el palacio ideando, con la ayuda de Atenea, la muerte contra los pretendientes, y de súbito dijo a Telémaco aladas palabras:

«Telémaco, es preciso que lleves adentro todas las armas y que, cuando los pretendientes las echen de menos y pregunten, los engañes con estas suaves palabras: "Las he retirado del fuego, pues ya no se parecen a las que dejó Odiseo cuando marchó a Troya, que están ennegrecidas hasta donde les ha alcanzado el aliento del fuego. Además, un demon ha puesto en mi interior una razón más poderosa: no sea que os llenéis de vino y, levantando disputa entre vosotros, lleguéis a heriros unos a otros y a llenar de vergüenza el convite y vuestras pretensiones de matrimonio; que el hierro por sí solo arrastra al hombre"».

Así dijo; Telémaco obedeció a su padre, y llamando a su nodriza Euriclea le dijo:

«Tata, reténme a las mujeres dentro de las habitaciones del palacio mientras transporto a la despensa las magníficas armas de mi padre a las que el humo ennegrece, pues están descuidadas por la casa mientras mi padre está ausente; que yo era hasta hoy un niño pequeño, pero ahora quiero transportarlas para que no les llegue el aliento del fuego.»

Y le respondió su nodriza Euriclea:

«Hijo, ¡ojalá hubieras adquirido ya prudencia para cuidarte de la casa y guardar todas tus posesiones! Pero ¿quién portará entonces la luz a tu lado?, pues no dejas salir a las esclavas; quienes podrían alumbrarte.»

Y Telémaco le contestó discretamente:

«El forastero, éste, pues no permitiré que esté ocioso el que toca mi vasija, aunque haya venido de lejos.»

Así dijo, y a ella se le quedaron sin alas las palabras. Así que cerró las puertas de las habitaciones, agradables para vivir.

Entonces se apresuraron Odiseo y su resplandeciente hijo a llevar adentro los cascos y los abollados escudos y las agudas lanzas, y por delante Palas Atenea hacía una luz hermosísima con una lámpara. Y Telémaco dijo de pronto a su padre:

«Padre, es una gran maravilla esto que veo con mis ojos: las paredes del palacio y los hermosos intercolumnios y las vigas de abeto y las columnas que las soportan arriba se muestran a mis ojos como si fueran de fuego encendido. Seguro que algún dios de los que poseen el ancho cielo está dentro.»

Y le respondió y dijo el muy astuto Odiseo:

«Calla y reténlo en tu pensamiento, y no preguntes; ésta es la manera de obrar de los dioses que poseen el Olimpo. Pero acuéstate, que yo me quedaré aquí para provocar todavía más a las esclavas y a tu madre; ella me preguntará sobre cada cosa entre lamentos.»

Así dijo, y Telémaco, iluminado por las brillantes antorchas, se puso en camino a través del palacio hacia el dormitorio donde solía acostarse cuando le llegaba el dulce sueño. También entonces se acostó allí y aguardaba a Eos divina. En cambio el divino Odiseo se quedó en el mégaron ideando, con la ayuda de Atenea, la muerte contra los pretendientes.

Entonces salió de su dormitorio la prudente Penélope semejante a Artemis o a la dorada Afrodita. Le habían colocado junto al hogar el sillón bien labrado con marfil y plata donde solía sentarse. Lo había fabricado en otro tiempo el artífice Icmalio y, unido a él, había puesto para los pies un escabel sobre el que se echaba una gran piel. Allí se sentó

la discreta Penélope y llegaron del mégaron las esclavas de blancos brazos; retiraron el abundante pan y las mesas y copas donde bebían los arrogantes varones, y arrojaron al suelo el fuego de las parrillas amontonando sobre él mucha leña para que hubiera luz y para calentar. Entonces Melanto reprendió a Odiseo por segunda vez:

«Forastero, ¿es que incluso ahora, por la noche, vas a importunar dando vueltas por la casa y espiar a las mujeres? Vete afuera, desdichado, y contento con la comida, o vas a salir afuera enseguida, aunque sea alcanzado por un tizón.»

Y mirándola torvamente le dijo el muy astuto Odiseo:

«Desdichada, ¿por qué te diriges contra mí con ánimo irritado? ¿Acaso porque voy sucio y visto mi cuerpo con ropa miserable y pido limosna por el pueblo? La necesidad me empuja; así son los mendigos y los vagabundos. También yo en otro tiempo habitaba feliz mi próspera casa entre los hombres y muchas veces daba a un vagabundo, de cualquier ralea que fuese, cualquier cosa que precisara al llegar. Y eso que tenía innumerables esclavos y muchas otras cosas con las que la gente vive bien y se la llama rica. Pero Zeus Cronida me las arrebató, pues así lo quiso. Por esto, ¿cuidado, mujer!, no sea que algún día también tú pierdas toda la hermosura por la que ahora, desde luego, brillas entre las esclavas: no vaya a ser que tu señora se irrite y enfurezca contigo, o llegue Odiseo, pues aún hay una parte de esperanza. Y si éste ha perecido y no es posible que regrese, sin embargo ya tiene, por voluntad de Apolo, un hijo como Telémaco a quien ninguna de las mujeres del palacio le pasa inadvertida si es insensata, pues ya no es tan joven.»

Así dijo: le escuchó la prudente Penélope y respondió a la esclava, le habló y la llamó por su nombre:

«¡Atrevida, perra desvergonzada!, no se me oculta que cometes una mala acción que pagarás con tu cabeza. Sabías -pues me lo has oído a mí misma- que iba a preguntar al forastero en mis habitaciones acerca de mi esposo, pues estoy afligida intensamente.»

Así dijo, y luego se dirigió a la despensera Eurínome:

«Eurínome, trae ya una silla y sobre ella una piel para que se siente y diga su palabra el forastero y escuche la mía. Quiero interrogarle.»

Así dijo; ésta llevó enseguida una pulimentada silla y sobre ella extendió una piel donde se sentó después el sufridor, el divino Odiseo. Y entre ellos comenzó a hablar la prudente Penélope:

«Forastero, esto es lo primero que quiero preguntarte: ¿quién de los hombres eres y de dónde? ¿Donde están tu ciudad y tus padres?

Y le respondió y dijo el muy astuto Odiseo:

«Mujer, ninguno de los mortales sobre la inmensa tierra podría censurarte, pues en verdad tu gloria llega al ancho cielo como la de un irreprochable rey que, reinando con terror a los dioses sobre muchos y valerosos hombres, sustenta la justicia y produce la negra tierra trigo y cebada y se inclinan los árboles por el fruto, y las ovejas paren robustas y el mar proporciona peces por su buen gobierno, y el pueblo es próspero bajo su cetro. Con todo, hazme cualquier otra pregunta en tu casa, pero no me preguntes por mi linaje y tierra patria, no sea que cargues más mi espíritu de penas con el recuerdo. En verdad soy muy desgraciado, pero no está bien sentarse en casa ajena a gemir y lamentarse -que es cosa mala sufrir siempre sin descanso-, no sea que alguna de las esclavas se enoje contra mí -o tú misma- y diga que derramo lágrimas por tener la mente pesada por el vino.»

Y le respondió la prudente Penélope:

«Forastero, en verdad los inmortales destruyeron mis cualidades -figura y cuerpo- el día en que los argivos se embarcaron para Ilión y entre ellos estaba mi esposo, Odiseo. Si al menos volviera él y cuidara de mi vida, mayor sería mi gloria y yo más bella. Pero ahora estoy afligida, pues son tantos los males que la divinidad ha agitado contra mí; pues cuantos nobles dominan sobre las islas, en Duliquio y Same, y la boscosa Zante, y los que habitan en la misma Itaca, hermosa al atardecer, me pretenden contra mi voluntad y arruinan mi casa. Por esto no me cuido de los huéspedes ni de los suplicantes y tampoco de los heraldos, los ministros públicos, sino que en la nostalgia de Odiseo se consume mi corazón. Éstos tratan de apresurar la boda, pero yo tramo engaños. Un dios me inspiró al principio que me pusiera a tejer un velo, una tela sutil e inacabable, y entonces les dije: "Jóvenes pretendientes míos, puesto que ha muerto el divino Odiseo, aguardad mi boda hasta que acabe un velo -no sea que se me destruyan inútiles los hilos-, un sudario para el héroe Laertes, para cuando le alcance el destino fatal de la muerte de largos lamentos; no vaya a ser que alguna entre el pueblo de las aqueas se irrite contra mí si es enterrado sin sudario el que tanto poseyó." Así les dije, y su ánimo generoso se dejó persuadir. Entonces hilaba sin parar durante el día la gran tela y la deshacía durante la noche, poniendo antorchas a mi lado. Así engañé y persuadí a los aqueos durante tres años, pero cuando llegó el cuarto y se sucedieron las estaciones en el transcurrir de los meses -y pasaron muchos días-, por fin me sorprendieron por culpa de mis esclavas -¡perras, que no se cuidan de mí!- y me reprendieron con sus palabras. Así que tuve que terminar el velo y no voluntariamente, sino por la fuerza.

«Ahora no puedo evitar la boda ni encuentro ya otro ardid. Mis padres me impulsan a casarme y mi hijo se indigna cuando devoran nuestra riqueza, pues se da cuenta, que ya es un hombre muy capaz de guardar su casa y Zeus le da gloria. Pero, con todo, dime tu linaje y de dónde eres, pues seguro que no has nacido de una encina de antigua historia ni de un peñasco.»

Y le respondió y dijo el muy astuto Odiseo:

«Venerable mujer de Odiseo Laertiada, ¿no vas a dejar de preguntarme sobre mi linaje? Te lo voy a contar aunque me vas a hacer un regalo de penas todavía más numerosas que las que me cercan -pues ésta es la costumbre cuando un hombre está ausente de su patria durante tanto tiempo como yo, errante por muchas ciudades de mortales soportando males, pero aun así te voy a contestar a lo que me preguntas e inquieres. Creta es una tierra en medio del ponto, rojo como el vino, hermosa y fértil, rodeada de mar. En ella hay numerosos hombres, innumerables, y noventa ciudades en las que se mezclan unas y otras lenguas. En ellas están los aqueos y los magnánimos eteocretenses, en ellas los cidones y los dorios divididos en tres tribus, y los divinos pelasgos. Entre estas ciudades está Cnossós, una gran urbe donde reinó durante nueve años Minos, confidente del gran Zeus, padre de mi padre el magnánimo Deucalión. Éste nos engendró a mí y al soberano Idomeneo, quien, juntamente con los Atridas, marchó a Ilión en las corvas naves. Mi ilustre nombre es Etón y soy el más joven, que él es mayor y más valiente. Allí fue donde vi a Odiseo y le di los dones de hospitalidad, pues lo había llevado a Creta la fuerza del viento cuando se dirigía hacia Troya, después de apartarlo de las Mareas. Había atracado en Amniso, cerca de donde está la gruta de Ilitia, en un puerto difícil, escapando a duras penas a las tormentas. Enseguida subió a la ciudad y preguntó por Idomeneo, pues decía que era su huésped querido y respetado. Era la décima o la undécima aurora desde que había partido con sus cóncavas naves hacia Ilión. Yo lo llevé a palacio y le procuré digna hospitalidad; le honré gentilmente con la abundancia de cosas que había en la casa y tanto a él como a sus compañeros les

di harina a expensas del pueblo y rojo vino que reuní, y bueyes para sacrificar, a fin de que saciaran su apetito.

«Allí permanecieron doce días los divinos aqueos, pues soplabá Bóreas, el viento impetuoso, y no dejaba estar de pie sobre el suelo -algún funesto demon lo había levantado-, pero al decimotercero cayó el viento y se dieron a la mar.»

Amañaba muchas mentiras al hablar, semejantes a verdades, y mientras ella le oía le corrían las lágrimas y se le consumía el cuerpo. Lo mismo que en las altas montañas se derrite la nieve a la que funde Euro después que Céfiro la hace caer -y cuando está fundida los ríos aumentan su curso-, así se fundían sus hermosas mejillas vertiendo lágrimas por su marido, que estaba a su lado.

Odiseo sentía piedad por su mujer cuando sollozaba, pero los ojos se le mantuvieron firmes como si fueran de cuerno o hierro, inmóviles en los párpados. Y ocultaba sus lágrimas con engaño. De nuevo le contestó con palabras y dijo:

«Forastero, ahora quiero probar si de verdad albergaste en tu palacio a mi esposo, como afirmas, junto con sus compañeros, semejantes a los dioses. Dime cómo eran los vestidos que cubrían su cuerpo y cómo era él mismo, y háblame de sus compañeros, los que le seguían.»

Y le respondió y dijo el muy astuto Odiseo:

«Mujer, es difícil decirlo después de tan larga separación, pues ya hace veinte años que marchó de allí y dejó mi patria, pero aun así te lo diré como mi corazón me lo pinta. El divino Odiseo tenía un manto purpúreo de lana, manto doble que sujetaba un broche de oro con agujeros dobles y estaba bordado por delante: un perro sujetaba entre las patas delanteras a un cervatillo moteado y lo miraba fijamente forcejear. Y esto es lo que asombraba a todos, que, siendo de oro, el uno miraba al cervatillo mientras lo ahogaba y el otro, deseando escapar, forcejeaba con los pies. También vi alrededor de su cuerpo una túnica resplandeciente y como binza de cebolla seca; ¡tan suave era y brillante como el sol! Muchas mujeres la contemplaban con admiración. Pero te voy a decir una cosa que has de poner en tu interior: no sé si Odiseo rodeaba su cuerpo con ellas ya en casa o se las dio, al marchar sobre la veloz nave, alguno de sus compañeros o tal vez incluso algún huésped (ya que Odiseo era amigo para muchos), pues pocos entre los aqueos eran semejantes a él.

«También yo le di una broncea espada y un manto doble, hermoso, purpúreo, y una túnica orlada, y lo despedí respetuosamente sobre su nave de sólidos bancos. Le acompañaba un heraldo un poco mayor que él, de quien también te voy a decir cómo era exactamente: caído de hombros, negra la tez, rizado el cabello y de nombre Euribates. Odiseo le honraba por encima de sus otros compañeros porque le concebía pensamientos ajustados.»

Así dijo, y a ella se le levantó aún más el deseo de llorar al reconocer las señales que le había dicho Odiseo con exactitud. Y luego que se hubo saciado del gemido de abundantes lágrimas le respondió con palabras y dijo:

«Forastero, aunque ya antes eras digno de compasión, ahora vas a ser querido y respetado en mi palacio, pues yo misma le di esas vestiduras que dices -las traje dobladas de la despensa y les puse un broche resplandeciente para que fuera un adorno para él; pero ya no lo recibiré nunca de vuelta en casa, pues con funesto destino marchó Odiseo en cóncava nave para ver la maldita Ilión, que no hay que nombrar.»

Y la respondió y dijo el muy astuto Odiseo:

«Mujer venerada de Odiseo Laertiada, ya no desfigures más tu hermoso cuerpo ni consumas tu espíritu lamentando a tu esposo. Aunque en nada te he de reprender, pues

cualquier mujer se lamenta de haber perdido a su legítimo esposo con quien ha engendrado hijos uniéndose en amor, aunque sea distinto de Odiseo, de quien dicen que era semejante a los dioses. Pero deja de gemir y atiende a mi palabra, pues te voy a hablar sinceramente y no lo voy a ocultar que ya he oído acerca del regreso de Odiseo, que está cerca y vivo en el rico pueblo de los tesprotos. También trae muchos y maravillosos bienes que ha mendigado por el pueblo, pero ha perdido a sus leales compañeros y la cóncava nave en el ponto, rojo como el vino, cuando venía de la isla de Trinaquía, pues estaban airados contra él Zeus y Helios, porque sus compañeros había matado las vacas de éste. Así que todos ellos perecieron en el alborotado ponto, pero a él lo empujó el oleaje sobre la quilla de su nave hacia tierra firme, hacia la tierra de los feacios, que han nacido cercanos a los dioses. Éstos le honraron de corazón como a un dios y le dieron muchas cosas, y querían llevarlo ellos mismos a su patria sano y salvo. Podría estar aquí Odiseo hace mucho tiempo, pero a su ánimo le pareció más ventajoso marchar por tierra para reunir mucha riqueza. Así es como sobresale Odiseo por su mucha astucia entre los mortales hombres y ningún otro mortal podría rivalizar con él. Así me lo decía Fidón, el rey de los tesprotos, y juró delante de mí mientras hacía libación en su casa, que había echado su nave al mar y estaban dispuestos los compañeros que iban a llevarlo a su tierra patria, pero a mí me envió antes, pues marchaba casualmente una nave de Tesprotos a Duliquio, rica en trigo. Y me mostró cuantas riquezas había reunido Odiseo; podrían alimentar a otro hombre hasta la décima generación: ¡tantos tesoros tenía depositados en el palacio del rey! También me dijo que Odiseo había marchado a Dodona para escuchar la voluntad de Zeus, el que habla desde la divina encina de elevada copa, para enterarse si debía volver a las claras u ocultamente a su tierra patria, después de tantos años de ausencia. Así pues, él está a salvo y vendrá muy pronto, no permaneciendo ya largo tiempo lejos de los suyos y de su tierra patria.

«Sin embargo, te haré un juramento: sea testigo Zeus antes que nadie, el más excelso y poderoso de los dioses, y el Hogar del irreprochable Odiseo, al que he llegado, que todo esto se cumplirá como yo digo; durante este mismo año vendrá Odiseo, cuando se haya acabado este mes y comenzado el siguiente.»

Y se dirigió a él la prudente Penélope:

«Forastero, ¡ojalá llegara a cumplirse esa palabra! Rápidamente conocerías mi amistad y muchos regalos de mi parte, hasta el punto de que cualquiera que contigo topara te llamaría dichoso. Pero mis presentimientos son -y así sucederá precisamente- que ni Odiseo volverá ya a casa ni tú lograrás conseguir una escolta, puesto que no hay en la casa jefes como era Odiseo entre los hombres -si es que alguna vez existió-para dar escolta y recibir a sus venerables huéspedes. Vamos, siervas, lavadlo y ponedle un lecho, mantas y sábanas resplandecientes, y así, bien caliente, le llegue Eos de trono de oro. Al amanecer lavadle y ungidle y que se ocupe de comer sentado en la sala junto a Telémaco. Será doloroso para aquel de los pretendientes que, por envidia, llegara a molestarlo. Ninguna otra acción llevará a cabo aquí dentro, aunque se irrite terriblemente. ¿Cómo podrías saber, forastero, que aventajo a las demás mujeres en inteligencia y consejo si comieras en el palacio sucio, vestido miserablemente? Los hombres son de corta vida; para quien es cruel y tiene sentimientos crueles piden todos los mortales tristezas en el futuro mientras viva, y una vez que está muerto todos le insultan. En cambio, el que es irreprochable y tiene sentimientos irreprochables... la fama de éste la llevan sus huéspedes a todos los hombres. Y muchos lo llaman noble.»

Y le respondió y dijo el muy astuto Odiseo:

«Mujer venerable de Odiseo Laertíada, las mantas y las resplandecientes sábanas me disgustan desde el día en que dejé los nevados montes de Creta marchando sobre la

nave de largos remos. Me voy a acostar como antes, cuando dormía noches insomnes, pues ya he descansado muchas noches en lecho miserable aguardando a Eos, de hermoso trono. Tampoco son agradables a mi ánimo los baños de pies; ninguna mujer tocará mi pie de las que te son servidoras en el palacio, si no hay alguna muy anciana y de sentimientos fieles que haya soportado en su ánimo tantas cosas como yo. A ésa no le impediría tocar mis pies.»

Y se dirigió a él la prudente Penélope:

«Huésped, amigo, pues jamás ha llegado a mi casa ningún hombre tan sensato de entre los huéspedes de lejanas tierras; con qué sabiduría dices todo, con qué discreción. Tengo una anciana que alberga en su mente decisiones discretas, la que alimentó y crió a aquel desdichado recibéndolo en sus brazos cuando lo parió su madre. Ésta te lavará los pies, aunque está muy débil. Conque, vamos, levántate enseguida, prudente Euriclea, y lava al compañero en edad de tu soberano. También estarán así los pies y manos de Odiseo, pues los mortales envejecen enseguida en medio de la desgracia.»

Así dijo; la anciana se ocultaba con las manos el rostro y derramaba calientes lágrimas, y dijo lastimera palabra:

«¡Ay, hijo mío, que no tenga yo remedios para ti...! Con tener el ánimo temeroso de los dioses, Zeus to ha odiado más que a los demás hombres, que jamás mortal alguno quemó tantos pingües muslos para Zeus, el que se alegra con el rayo, ni excelentes hecatombes como tú le has ofrecido con la súplica de poder llegar a una ancianidad feliz y poder alimentar a un hijo ilustre. En cambio sólo a ti to ha privado del brillante día del regreso. Tal vez se burlen también así de aquél las esclavas de hospedadores de lejanas tierras cuando llegue al magnífico palacio de alguno, como se burlan de ti todas estas perras a las que no permites que te laven para evitar el escarnio y numerosos oprobios. A mí, sin embargo, me lo ordena la hija de Icario, la prudente Penélope, aunque no contra mi voluntad. Por esto te lavaré los pies, por la propia Penélope y a la vez por ti mismo, pues se me conmueve dentro el ánimo con tus penas. Pero, vamos, atiende ahora a una palabra que to voy a decir: muchos forasteros infortunados han venido aquí, pero creo que jamás he visto a ninguno tan parecido a Odiseo en el cuerpo, voz y pies, como tú.»

Y le respondió y dijo el muy astuto Odiseo:

«Anciana, así dicen cuantos nos han visto con sus ojos, que somos parecidos el uno al otro, como tú misma dices dándote cuenta.»

Así dijo; la anciana tomó un caldero reluciente y le lavaba los pies; echó mucha agua fría y sobre ella derramó caliente. Entonces Odiseo se sentó junto al hogar y se volvió rápidamente hacia la oscuridad, pues sospechó enseguida que ésta, al cogerlo, podría reconocer la cicatriz y sus planes se harían manifiestos. La anciana se acercó a su soberano y lo lavaba. Y enseguida reconoció la cicatriz que en otro tiempo le hiciera un jabalí con su blanco colmillo cuando fue al Parnaso en compañía de Autólico y sus hijos, el padre ilustre de su madre, que sobresalía entre los hombres por el hurto y el juramento. Se lo había concedido el dios Hermes, pues en su honor quemaba muslos de corderos y cabritos en agradecimiento y éste le asistía benévolo. Cuando Autólico fue a la opulenta población de Itaca, se encontró a un hijo recién nacido de su hija. Euriclea lo puso sobre sus rodillas cuando había terminado de cenar y le habló y llamó por su nombre:

«Autólico busca tú mismo un nombre para el hijo de tu hija, pues muy deseado es para ti.»

Y a su vez respondió Autólico y dijo:

«Yerno e hija mía, ponedle el nombre que voy a decir. Ya que he llegado hasta aquí enfadado con muchos hombres y mujeres a través de la fértil tierra, que su nombre

epónimo sea Odiseo. Y cuando en la plenitud de la juventud llegue a la gran casa materna, al Parnaso donde tengo las riquezas, yo le daré de ellas y lo despediré contento.»

Por esto había marchado Odiseo, para que le diera espléndidos regalos. Autólico y los hijos de Autólico le acogieron cariñosamente con las manos y con dulces palabras. Y la madre de su madre, Anfitea, abrazó a Odiseo y le besó la cabeza y hermosos ojos. Autólico ordenó a sus gloriosos hijos que dispusieran la comida y éstos escucharon al que se lo mandaba. Enseguida llevaron un toro de cinco años, lo desollaron, prepararon y dividieron todo; lo partieron habilidosamente, lo clavaron en asadores y después de asarlo cuidadosamente distribuyeron los panes. Así que comieron durante todo el día, hasta que se puso el sol, y nadie carecía de un bien distribuido alimento. Y cuando el sol se puso y cayó la noche, se acostaron y recibieron el don del sueño.

Tan pronto como se mostró Eos, la hija de la mañana, la de dedos de rosa; salieron de cacería los perros y los mismos hijos de Autólico, y entre ellos iba el divino Odiseo. Ascendieron al elevado monte Parnaso, vestido de selva, y enseguida llegaron a los ventosos valles. El sol caía sobre los campos cultivados recién salido de las plácidas y profundas corrientes de Océano, cuando llegaron los cazadores a un valle. Delante de ellos iban los perros buscando las huellas y detrás los hijos de Autólico, y entre ellos marchaba el divino Odiseo blandiendo, cerca de los perros, su lanza de larga sombra. Un enorme jabalí estaba tumbado en una densa espesura a la que no atravesaba el húmedo soplo de los vientos al agitarse ni golpeaba con sus rayos el resplandeciente Helios ni penetraba la lluvia por completo -¡tan densa era!-, y una gran alfombra de hojas la cubría. Llegó al jabalí el ruido de los pies de hombres y perros cuando marchaban cazando y desde la espesura, erizada la crin y brillando fuego sus ojos, se detuvo frente a ellos. Odiseo fue el primero en acometerlo, levantando la lanza de larga sombra con su robusta mano deseando herirlo. El jabalí se le adelantó y le atacó sobre la rodilla y, lanzándose oblicuamente, desgarró con el colmillo mucha carne, pero no llegó al hueso del mortal. En cambio Odiseo le hirió alcanzándole en la paletilla derecha y la punta de la resplandeciente lanza lo atravesó de parte a parte y cayó en el polvo dando chillidos, y escapó volando su ánimo. Enseguida le rodearon los hijos de Autólico, vendaron sabiamente la herida del irreprochable Odiseo semejante a un dios y con un conjuro retuvieron la negra sangre.

Pronto llegaron a casa de su padre y Autólico y los hijos de Autólico lo curaron bien, le dieron espléndidos regalos y, alegres, lo enviaron contento a su patria Itaca.

Su padre y venerable madre se alegraron al verlo volver y le preguntaban detalladamente por la cicatriz, qué le había pasado. Y él les contó con detalle cómo mientras cazaba, le había herido un jabalí con su blanco colmillo al marchar al Parnaso con los hijos de Autólico.

La anciana tomó entre las palmas de sus manos esta cicatriz y la reconoció después de examinarla. Soltó el pie para que se le cayera y la pierna cayó en el caldero. Resonó el bronce, inclinóse él hacia atrás, hacia el lado opuesto, y el agua se derramó por el suelo. El gozo y el dolor invadieron al mismo tiempo el corazón de la anciana y sus dos ojos se llenaron de lágrimas, y su floreciente voz se le pegaba. Asió de la barba a Odiseo y dijo:

«Sin duda eres Odiseo, hijo mío: no te había reconocido antes de ahora, hasta tocar a todo mi señor.»

Así dijo e hizo señas a Penélope con los ojos queriendo indicar que su esposo estaba dentro. Pero ésta no pudo verla, aunque estaba enfrente, ni comprenderla, pues Atenea

le había distraído la atención. Entonces Odiseo acercó sus manos, la asió de la garganta con la derecha y con la otra la atrajo hacia sí diciendo:

«Nodriz, ¿por qué quieres perderme? Tú misma me criaste sobre tus pechos. Ya he llegado a la tierra patria tras sufrir muchas penalidades, a los veinte años. Pero ya que te has dado cuenta y un dios lo ha puesto en tu interior, calla, no vaya a ser que se dé cuenta algún otro en el palacio; porque te voy a decir esto y ciertamente se va a cumplir: si con la ayuda de un dios hiciese sucumbir a los ilustres pretendientes, no te perdonaré ni a ti, con ser mi nodriza, cuando mate a las otras esclavas en mi palacio.»

Y le contestó la prudente Euriclea:

«Hijo mío, ¡qué palabra ha escapado del cerco de tus dientes! Sabes que mi ánimo es firme y no domable; me mantendré como una sólida piedra o como el hierro. Te voy a decir otra cosa que has de poner en tu interior: si por tu causa un dios hace sucumbir a los ilustres pretendientes, entonces te hablaré minuciosamente respecto a las mujeres del palacio, quiénes te deshonoran y quiénes son inocentes.»

Y le respondió y dijo el muy astuto Odiseo:

«Nodriz, ¿por qué me las vas a señalar tú? Yo mismo las observaré y conoceré a cada una, pero mantén en silencio tus palabras y confía en los dioses.»

Así dijo, y la anciana marchó a través del mégaron para traer agua de lavar los pies, pues la primera se había derramado toda. Y después que lo lavó y ungió con espeso aceite, de nuevo arrastró Odiseo la silla cerca del fuego para calentarse, y ocultó la cicatriz con los andrajos.

Y la prudente Penélope comenzó a hablar entre ellos:

«Forastero, sólo esto te voy a preguntar, poco más, que va a ser pronto la hora de dormir para aquel de quien el sueño se apodere dulcemente, aun estando afligido. A mí me ha dado un dios una pena inmensa, pues durante el día, aunque me lamente y gima, me complace atender a mis labores y las de las esclavas en el palacio, pero luego que llega la noche y el sueño las invade a todas, yazco en el lecho mientras agudas angustias inquietan sin cesar mi agitado corazón. Como cuando la hija de Pandáreo, el amarillo Aedón, canta hermosamente recién entrada la primavera sobre el tupido follaje de los árboles -cambia a menudo de tono y vierte su voz de múltiples ecos llorando a su hijo Itilo, hijo del rey Zeto, a quien en otro tiempo mató con el bronce sin darse cuenta-, así también mi ánimo vacila entre permanecer junto a mi hijo y guardar todo intacto, mis bienes y esclavas y la casa grande de elevada techumbre, por vergüenza al lecho conyugal y a las habladurías del pueblo, o seguir a aquel de los aqueos que sea el mejor y me pretenda en el palacio entregándome innumerables presentes de boda. Porque mientras mi hijo era todavía pequeño e irreflexivo no me permitía casarme y abandonar la casa de mi esposo, pero ahora que es mayor y ha llegado al límite de la edad juvenil, incluso desea que me marche del palacio, indignado por los bienes que le comen los aqueos.

«Conque, vamos, interprétame este sueño, escucha: veinte gansos comían en mi casa trigo remojado con agua y yo me alegraba contemplándolos, pero vino desde el monte una gran águila de corvo pico y a todos les rompió el cuello y los mató, y ellos quedaron esparcidos por el palacio, todos juntos, mientras el águila ascendía hacia el divino éter. Yo lloraba a gritos, aunque era un sueño, y se reunieron en torno a mí las aqueas de lindas trenzas, mientras me lamentaba quejumbrosamente de que el águila me hubiera matado a los gansos. Entonces volvió ésta y se posó sobre la parte superior del palacio y, llamando con voz humana, dijo: "Cobra ánimos, hija del muy celebrado Icario, que no es un sueño, sino visión real y feliz que habrá de cumplirse. Los gansos son los pretendientes y yo antes era el águila, pero ahora he regresado como esposo tuyo, yo

que voy a dar a todos los pretendientes un destino ignominioso." Así dijo y luego me abandonó el dulce sueño. Cuando miré en derredor vi a los gansos en el palacio comiendo trigo junto a la gamella en el mismo sitio de costumbre.»

Y le contestó y dijo el muy astuto Odiseo:

«Mujer, no es posible en modo alguno interpretar el sueño dándole otra intención, después que el mismo Odiseo te ha manifestado cómo lo va a llevar a cabo. Clara parece la muerte para los pretendientes, para todos en verdad; ninguno escapará a la muerte y a las Keres.»

Y le contestó la prudente Penélope:

«Forastero, sin duda se producen sueños inescrutables y de oscuro lenguaje y no todos se cumplen para los hombres. Porque dos son las puertas de los débiles sueños: una construida con cuerno, la otra con marfil. De éstos, unos llegan a través del bruñido marfil, los que engañan portando palabras irrealizables; otros llegan a través de la puerta de pulimentados cuernos, los que anuncian cosas verdaderas cuando llega a verlos uno de los mortales. Y creo que a mí no me ha llegado de aquí el terrible sueño, por grato que fuera para mí y para mi hijo.

«Te voy a decir otra cosa que has de poner en tu interior: esta aurora llegará infausta, pues me va a alejar de la casa de Odiseo. Voy a establecer un certamen, las hachas de combate que aquél colocaba en línea recta como si fueran escoras, doce en total. Él se colocaba muy lejos y hacía pasar el dardo una y otra vez a través de ellas. Ahora voy a establecer este certamen para los pretendientes y el que más fácilmente tienda el arco entre sus manos y haga pasar una flecha por todas las doce hachas, a ése seguiré inmediatamente dejando esta casa legítima, muy hermosa, llena de riquezas. Creo que algún día me acordaré de ella incluso en sueños.»

Y le contestó y dijo el muy astuto Odiseo:

«Mujer venerable de Odiseo Laertiada, no difieras por más tiempo ese certamen en tu casa, pues el muy astuto Odiseo llegará antes de que ellos toquen ese pulido arco, tiendan la cuerda y atraviesen el hierro con la flecha.»

Y le dijo a su vez la prudente Penélope:

«Si quisieras deleitarme, forastero, sentado junto a mí en la sala, no se me vertería el sueño sobre los párpados, pero no es posible que los hombres estén siempre sin dormir, que los inmortales han establecido una porción para cada uno de los mortales sobre la fértil tierra. Así que subiré al piso de arriba y me acostaré en el funesto lecho, siempre regado por mis lágrimas desde que Odiseo marchó a la maldita Ilión que no hay que nombrar. Allí me acostaré; tú acuéstate en esta estancia extendiendo algo por el suelo, o que te pongan una cama.»

Así diciendo, subió al resplandeciente piso superior; mas no sola, que con ella marchaban también las otras esclavas.

Y cuando hubo subido al piso superior con las esclavas, se puso a llorar a Odiseo, su esposo, hasta que la de ojos brillantes le infundió sueño sobre los párpados, Atenea